

WALTER KASPER

**EL SACERDOTE,
SERVIDOR DE LA ALEGRÍA**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2008

A los compañeros que recibieron conmigo la ordenación
y a los sacerdotes que ordené como obispo de Rottenburg-Stuttgart.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Manuel Olasagasti Gaztelumendi sobre el original alemán
Diener der Freude. Priesterliche Existenz – priesterlicher Dienst

© Verlag Herder, Freiburg im Breisgau 2007

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2008

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1673-7

Depósito legal: S. 382-2008

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2008

CONTENIDO

1. SER SACERDOTE: CRISIS Y «KAIRÓS»	9
Una nueva situación pastoral	9
Mirada agradecida a los cincuenta años de servicio sacerdotal	13
<i>Docta spes</i> . Mirada esperanzada hacia delante	20
2. EXISTENCIA SACERDOTAL Y EXISTENCIA CRISTIANA	23
Amistad personal con Cristo	23
Una reinterpretación cristológica del sacerdocio	25
El sacerdocio común de todos los cristianos	30
María, ejemplo y modelo de discipulado	36
3. SER SACERDOTE COMO MISIÓN APOSTÓLICA	41
La vocación de los primeros discípulos	41
Sobre el cimiento de los apóstoles	44
La fe de la Iglesia como herencia apostólica	50
Seguimiento apostólico como misión apostólica	54
Colaboradores y colaboradoras apostólicos	57
4. EL SACERDOTE, HOMBRE RELIGIOSO	63
La génesis del triple ministerio	63
El carácter religioso del ministerio sacerdotal	66
El celibato por el Reino de los cielos	71
Forma de vida espiritual	75
5. SERVICIO SACERDOTAL Y SERVICIO PASTORAL	79
Jesucristo, el buen pastor	79
«Yo os enviaré pastores»	82
¿Quién es buen pastor?	87

6. EL SACERDOTE, TESTIGO DEL EVANGELIO	91
Evangelizar, seña de identidad de la Iglesia	91
La palabra de Dios, luz de la vida y luz del mundo	98
«Realizar el Evangelio sacerdotalmente»	101
«Seréis mis testigos»	104
7. AL SERVICIO DE LA RECONCILIACIÓN	107
Proclamar la inmensa misericordia de Dios	107
«Tus pecados te son perdonados»	112
Ministerio universal de reconciliación	117
8. EXISTENCIA EUCARÍSTICA	121
El gran legado de Jesús	121
Sacramento de unidad, servicio de unidad	125
<i>Memoria passionis</i> . El sacerdote bajo el símbolo de la cruz	129
La eucaristía, centro y culminación	133
Breve excursio sobre la reestructuración pastoral	136
Dimensión escatológica y cósmico-universal	143
Conclusión. Servidor de la alegría	148
<i>Índice de citas bíblicas</i>	151
<i>Índice de nombres</i>	157

SER SACERDOTE: CRISIS Y «KAIRÓS»

UNA NUEVA SITUACIÓN PASTORAL

El cincuenta aniversario de mi ordenación sacerdotal ha supuesto para mí la ocasión de pasar revista a este medio siglo que dejo atrás. Han sido años y decenios muy accidentados no sólo para mí y para aquellos que fueron ordenados conmigo, sino para la vida de la Iglesia; también, por supuesto, para la humanidad en su conjunto, a causa de los avatares dramáticos que se han sucedido. Recuerdo que por aquel entonces éramos cuarenta en nuestro curso, número que muchos obispos actuales no pueden ni soñar... Pasado este medio siglo, algunas preguntas acuden a mi mente de manera espontánea: ¿Qué han supuesto estos años transcurridos? ¿Qué queda de ellos? ¿Qué acontecerá en el futuro?

El ministerio sacerdotal en Occidente, y con él la figura concreta de la Iglesia, está experimentando una dramática transformación. Ello se evidencia en la progresiva reducción de candidatos al sacerdocio y de ordenaciones sacerdotales en la mayoría de los países de nuestro entorno. Y sin embargo, ambos datos no pueden considerarse de forma aislada, ya que también mengua el número de bautizos, de

bodas y de fieles practicantes (sobre todo niños y jóvenes). La vida eclesial en su conjunto está cambiando bruscamente; o dicho de una manera positiva, la Iglesia se ha puesto en movimiento: se ve a sí misma como peregrina, como pueblo de Dios en marcha. En este sentido, la transformación eclesial se halla en sintonía con el cambio acelerado de la sociedad en todos los ámbitos, incluido el demográfico.

Si uno pregunta cómo se puede avanzar, escucha repetidamente que ha llegado «la hora de los laicos». Tal cosa es, sin duda, correcta; no en vano, los laicos viven y actúan en las situaciones concretas de nuestro mundo cambiante, son expertos en las diversas esferas de la vida y sólo ellos pueden influir ahí como fermento y difundir la luz del Evangelio. Con todo, para que los laicos puedan prestar su servicio, necesitan guías que los acompañen y los orienten espiritualmente. Necesitan sacerdotes. A estos les compete, por tanto, un puesto clave, en conformidad con la fe de la Iglesia católica. Así, la Iglesia se deja ver y se hace presente de modo concreto, principalmente, a través del sacerdote.

Cierto que la imagen del sacerdote tampoco ha quedado intacta ante las transformaciones radicales de los últimos decenios. Su propia imagen y la que los demás tienen de él se ha vuelto insegura y confusa en muchos aspectos; por otra parte, a menudo se cuestiona radicalmente su servicio, su ministerio y su modo de vida. Los propios sacerdotes son quienes advierten el cambio con mayor claridad e inmediatez, y no pocos lo aceptan con resignación. Por eso necesitan estímulo y reconocimiento. Reforzar su identidad y motivación es, a mi juicio, una de las tareas más necesarias.

Quiero dejar claro que no es, por tanto, el momento para tirar la toalla. Hay muchos compañeros que siguen desarrollando una notable actividad pastoral. Lo de hoy no es muy diferente de lo que sucedía en tiempos de Jesús, cuando muchas personas se encontraban «como ovejas que no tienen pastor» (Mc 6, 34). La demanda de Dios y de un fundamento y orientación fiables para la vida va en aumento, y vuelve a ser una demanda social. No hay sólo rupturas; existen asimismo nuevas iniciativas: unas, ocultas en el corazón de muchas personas que han emprendido de nuevo la búsqueda de Dios y tienen hambre de una buena palabra espiritual; otras, abiertas a movimientos de renovación en comunidades y órdenes religiosas, y también en movimientos religiosos. Cuando hay dirección espiritual, atención a las personas y orientación pastoral, huelga la preocupación por la «demanda». La solicitud de verdaderos guías sigue existiendo, incluso mucho más de lo que algunos piensan.

Si lo anterior es así, conviene manejar con cautela la palabra «crisis». Por mi parte, prefiero insistir en su sentido original. «Crisis» no significa simplemente hundimiento o catástrofe; designa más bien una situación de cambio y decisión. Por ello, lo correcto es considerar la crisis como un reto, más aún, como *kairós*: la oportunidad que Dios nos concede y ofrece. En este sentido, lo correcto es aceptar la crisis y sacarle partido. No vamos a hacer aquí un análisis de tiempos y culturas; tampoco vamos a describir la situación eclesial que nos rodea bajo el presupuesto sociológico que contempla a la Iglesia en extinción y el creciente fracaso del catolicismo popular. Deseo limitarme a señalar más bien

que ha comenzado una segunda etapa misional para la Iglesia en Occidente. Distintos obispos y teólogos ya lo apuntaron de forma clarividente antes de la Segunda Guerra mundial y también nada más producirse la catástrofe de 1945, cuando hablaron de sus países como tierras de misión.

El papa Pablo VI asumió este impulso el año 1975 en su breve apostólico «Sobre la evangelización en el mundo de hoy» (*Evangelii nuntiandi*), y el papa Juan Pablo II habló repetidamente sobre la tarea de una segunda evangelización de Europa. En esta nueva situación, el cristianismo adquiere una figura histórica nueva, si se entiende correctamente. Estamos sólo en el comienzo de este nuevo éxodo.

No cabe duda de que la Iglesia es la misma en todos los siglos; pero también es verdad que se halla siempre en camino para descubrir la novedad inagotable del Evangelio. El concilio Vaticano II cambió de vía a tiempo, y es una brújula fiable para la travesía de la Iglesia en el siglo XXI.

Todavía no se ha comprendido entre nosotros, ni de lejos, toda la dimensión del cambio, del desafío y de la necesaria reorientación misionera de la pastoral. Domina la inercia, un razonar posesivo, el temor a lo nuevo. Muchos quieren seguir como hasta ahora mientras las cosas marchen igual de bien. Pero esto no es posible a la larga. Tenemos que cambiar y reorientarnos para atravesar el «umbral de la esperanza» (Juan Pablo II). Para ello serán necesarios también algunos cambios estructurales; pero quedarán en el vacío si no hay primero y sobre todo un cambio espiritual. Esto atañe a todos los miembros de la Iglesia, aunque afecta de modo especial a la autocomprensión y al servicio de los sacer-

dotes. «El Espíritu es quien vivifica» (Jn 6, 63). Sin él «nada está sano ni salvo» (Secuencia de Pentecostés).

MIRADA AGRADECIDA A LOS CINCUENTA AÑOS DE SERVICIO SACERDOTAL

El éxodo al que nos referimos nunca será un viaje a ninguna parte si se tiene en mente una finalidad clara. Tal cosa presupone una idea de conjunto, pues sólo desde ella resulta posible aclarar dónde estamos hoy y hacia dónde nos encaminamos. Trataré de rememorar dicha idea a partir de la perspectiva que nace de mi experiencia personal como sacerdote en los cincuenta años transcurridos.

[CONTINÚA EN EL ORIGINAL].